



Wressley, de Asuntos Exteriores

Wressley of The Foreign Office

■ Rudyard Kipling*

■ Uno de nuestros muchos maleficios aquí en la India es la falta de una atmósfera apropiada en el sentido pictórico. Apenas existen las medias tintas y los detalles se pasan por alto. Los hombres se muestran planos, en bruto, sin ningún matiz que los destaque. Hacen su trabajo y llegan a pensar que no existe nada más que ese trabajo; que no hay nada como ese trabajo y que a su alrededor gira toda la Administración. Aquí vamos a ver un ejemplo de esa impresión.

Un funcionario mestizo que se encargaba de la Oficina de Pagos me dijo en cierta ocasión: —¿Se imagina usted lo que ocurriría si yo añadiera o quitara una sola línea en esta hoja? Y entonces, con un aire de conspirador, añadió: —¡Todos los pagos del Tesoro a través del Círculo Presidencial se irían al garete! Piense usted en ello.

Si los hombres no se hicieran esas falsas ilusiones sobre la trascendencia capital de sus empleos, me imagino que se sentarían y se suicidarían. Pero esas debilidades son un incordio, en especial si el que las escucha sabe que comparte el mismo destino. Incluso el Ministerio considera que hace bien cuando encarga a un Oficial Ejecutivo sobrecargado de trabajo que haga un censo de los gorgojos del trigo en una superficie de cinco mil millas cuadradas.

En cierta ocasión hubo un funcionario de Asuntos Exteriores —un hombre que había pasado la mitad de su vida en el Departamento— del que los más jóvenes e irrespetuosos solían comentar que era capaz de recitar mientras dormía el libro de Aitchison *Tratados y contratos de propiedad*. Lo que ese hombre hacía con los conocimientos que acumulaba era algo que sólo lo sabía el Ministro y, obviamente, no iba a publicarlo.

Ese hombre se llamaba Wressley, del que el *Shibboleth*¹ llegaba a decir que «Wressley sabe más sobre las Provincias Centrales de la India que ningún otro hombre vivo», y si uno no lo decía era considerado como alguien de pocas luces.

* Relato publicado por primera vez en *The Civil and Military Gazette* (Lahore, Pakistán) el 20 de mayo de 1877. Incluido en el libro *Plain Tales From The Hills* (Tacker, Spink & Co., Calcuta, 1888). Traducción de A. Pérez Gutiérrez.

¹ *N. de la T.- Shibboleth*: miembros de un grupo dominador de una jerga profesional.

Hoy en día es frecuente encontrar hombres que afirman conocer el meollo de los conflictos entre tribus incluso más allá de la frontera, pero en los tiempos de Wressley todavía había que dedicar una atención especial a las Provincias Centrales de la India. Se las denominaba «focos» y «factores» o con otros nombres ampulosos.

Y aquí cualquier maldición sobre la vida anglo-india cae como una losa. Cuando Wressley levantaba la voz y despotricaba contra tal o cual error, Asuntos Exteriores enmudecía y los Jefes de Departamento repetían las dos o tres últimas palabras de las afirmaciones de Wressley y añadían «sí», «sí», creyendo que con ello «ayudaban al Imperio a enfrentarse a graves problemas políticos». En la mayoría de las grandes empresas sólo uno o dos hombres hacen el trabajo, mientras que los demás, sentados a su alrededor, parlotean hasta que los asuntos maduran y empiezan a caerse por su peso.

Wressley era el elemento trabajador de Asuntos Exteriores y sus superiores cuando veían en él signos de flaqueza, para que soportara las cargas le decían que era un compañero excelente. Poseía un espíritu enérgico y no necesitaba halagos, pero los que recibía le reafirmaban en su creencia de que nadie era tan absoluta e imperativamente necesario para la estabilidad de la India como Wressley, de Asuntos Exteriores. Podría haber otros hombres valiosos, pero el más conocido, encomiado y más digno de confianza entre todos era Wressley, de Asuntos Exteriores.

Por entonces teníamos un Virrey que sabía bien cómo amansar a los hombres díscolos y cómo animar a los apocados, con lo que así mantenía estable a su equipo de colaboradores. Este Virrey transmitió a Wressley la opinión que tenía de él, que coincidía con la de todos, a pesar de que la mayoría de los hombres tienden a descomponerse tras los elogios de un Virrey. Eso sucedió en cierta ocasión, pero se trata de otra historia.

Toda la India conocía el nombre y actividad de Wressley —figuraba en el Directorio de Thacker y Spink— pero los que le conocían personalmente, los que sabían o les importaba lo que hacía en realidad, o cuáles eran sus méritos extraordinarios, apenas llegaban a cincuenta.

El trabajo ocupaba todo su tiempo y no encontraba placer en cultivar otros conocimientos más allá de los jefes Rajput² muertos que tenían gotas de sangre de Ahir³ en sus blasones. Si no hubiera tenido la desgracia de ser bengalí, Wressley hubiera podido ser un excelente funcionario en el Colegio de Heráldica.

Pero cierto día, a la hora del almuerzo, un cataclismo alcanzó a Wressley; se apoderó de él, le dejó sin sentido y boquiabierto como si se tratara de un parvulillo. Contra toda razón y frente a toda prudencia, en un instante se enamoró de una joven rubia y frívola que, con una gorra de terciopelo azul como la de los yoqueys calada hasta las cejas, acostumbraba a galopar por el paseo de Shimla a lomos de un gran caballo. Se llamaba Venner —Tillie Venner— y era fascinante. Se adueñó del corazón de Wressley al galope corto y éste de pronto se dio cuenta de que para

² *N. de la T.*- Rajput: descendientes de una casta guerrera del norte de la India.

³ *N. de la T.*- Ahir: en la mitología india, casta de vaqueros.

un hombre no era bueno vivir solo, aunque tuviera en sus cajones la mitad del Archivo de Asuntos Exteriores.

Que Wressley estuviera enamorado resultaba un poco ridículo y todo Shimla se rió por ello. Puso lo mejor de sí para que la muchacha se interesara por él o, para ser más precisos, por su trabajo; y ella, con las artes propias de su sexo, se esforzó en parecer interesada en lo que, a su espalda, llamaba «las curiosidades del señor Wressley» y para lo que ceceaba de una forma encantadora. No entendía ni un ápice de aquellas peculiaridades, pero actuaba como si las comprendiera. Antes de hoy, ¡cuántos hombres se han casado víctimas de un error parecido!

Sin embargo, la Providencia protegía a Wressley, totalmente asombrado de la inteligencia de la señorita Venner. Aunque se hubiera sorprendido mucho más si hubiera oído las observaciones confidenciales que en privado hacía sobre sus requiebros. Él tenía unas nociones peculiares sobre cómo cortejar a las mujeres y afirmaba que el hombre debía poner con reverencia a sus pies los mejores frutos de su trabajo y su carrera. (Creo que Ruskin⁴ escribió algo parecido en alguna parte, pero en la vida real unos besos resultan mucho más eficaces y ahorran tiempo).

Aproximadamente un mes después de que hubiera dado su corazón a la señorita Venner y, como consecuencia, hubiera descuidado vilmente el trabajo, su vieja idea de escribir un libro sobre «Las leyes naturales en las Provincias Centrales de la India» se encendió en él y le llenó de júbilo. Según el guión que se había marcado, aquella labor debía ser algo grande, el trabajo de su vida; debía escribir una visión absolutamente detallada de un tema tan fascinante y para ello contaba con todo el caudal de conocimientos adquiridos trabajosamente en Asuntos Exteriores. Sería un regalo apropiado para una emperatriz.

Explicó a la señorita Venner que iba a solicitar una licencia y esperaba que a su vuelta pudiera traerle un presente digno de su aprobación. ¿Podría esperar?

Claro que podía. Wressley ganaba mil setecientas rupias al mes y por algo así ella bien podía aguardar un año. Además, su madre la ayudaría a esperar.

Así que Wressley se tomó un año de permiso y, con todos los documentos de que disponía, casi un carro, partió hacia las Provincias Centrales con aquella idea bulléndole en la cabeza.

Empezó su libro sobre el terreno que iba a describir. Sin embargo, la voluminosa correspondencia oficial que siempre había despachado había hecho de él un trabajador demasiado frío, y hubiera debido entender que en su paleta necesitaba la luz natural del color local. Ese color tan peligroso en manos de aficionados.

¡Cielos, cuánto trabajó aquel hombre! Tomó a sus rajás con sus reinas y concubinas; los analizó y estudió a través de las brumas del tiempo e incluso más allá; puso fecha a todos los árboles genealógicos; los cruzó y los volvió a cruzar; los comparó, los anotó y los volvió a anotar; los relacionó, entrecruzó, ensartó, seleccionó,

⁴ *N. de la T.*- John Ruskin (1819-1900): sociólogo, acuarelista y crítico de arte inglés. Consideraba que el arte, además de poseer un componente técnico, debía tener otro, más valioso, espiritual. Sus discípulos fueron los pre-rafaelitas, que pintaban exclusivamente paisajes naturales.

infirió, hizo mapas cronológicos y los deshizo durante diez horas diarias. Y, como súbitamente había caído sobre él la nueva luz del Amor, transformó aquellos secos huesos históricos y aquellos sucios recuerdos de fechorías, en motivos de llanto o de risa, según le pareciera.

Puso su corazón y su alma en la punta de la pluma y en ella ambos se enlazaban. Durante doscientos treinta días con sus respectivas noches se dedicó a la labor con emoción, perspicacia, ingenio y estilo, de forma que su libro fue un Libro. Podía decirse que había puesto en él hasta el último de sus singulares conocimientos; aunque el espíritu, el íntimo soplo humano, la poesía y el poder del resultado final estaban más allá de esos conocimientos. Sin embargo, dudo que fuera consciente del don que poseía, porque de haberlo sabido hubiera sido feliz. Había trabajado duro por Tillie Venner, no por él. Con frecuencia los hombres hacen sus mejores obras cegados por el amor a alguien.

Además, y aunque esto no tenga nada que ver con esta historia, en la India, donde todo el mundo se conoce, podemos ver a hombres arrastrados fuera de sus filas por mujeres que los gobiernan y los mandan a hacer méritos en solitario. El hombre juicioso una vez que arranca sigue adelante; pero el hombre del montón, una vez que la mujer pierde interés por sus éxitos y deja de verlos como un tributo a su poder, retorna a las filas de su batallón y ya no vuelve a saberse nada de él.

Wressley llevó el original de su libro a Shimla y, ruborizado y tartamudeando, se lo presentó a la señorita Venner. Ésta leyó algunas líneas y —reproduzco textualmente— dijo:

—¡Oh! ¿Su libro? Todo está dedicado a esos *hoguibles gajás*. No lo he entendido.



Wressley, de Asuntos Exteriores, quedó hecho trizas, aplastado —no estoy exagerando— por la frivolidad de la jovencita. Lo único que pudo balbucear fue: «—Pero... pero, ¡sí es mi *magnum opus*! El trabajo de mi vida». La señorita Venner no sabía lo que significaba *magnum opus*, pero sí sabía que el capitán Kerrington había ganado tres carreras en el último concurso de hípica.

Wressley no la presionó para que le siguiera esperando. Tenía suficiente sentido común como para entender la situación.

Tras un año de tensión vino la reacción y Wressley volvió a Asuntos Exteriores y sus *gajás*, sus recopilaciones, sus índices geográficos, sus resúmenes de comunicados que hubieran resultado caros hasta por trescientas rupias al mes. Asumió la crítica de la señorita Venner, lo que demuestra que la inspiración del libro sólo era transitoria y desligada de él mismo. Sin embargo, no tenía derecho a arrojar a cualquiera de las lagunas de las colinas aquellas cinco grandes cajas, traídas desde Bombay a un alto precio, con el mejor libro de historia de la India jamás escrito.

Cuando, algunos años después y antes de jubilarse iba a deshacerse de ellas, yo estaba ojeando sus estanterías y di por casualidad con el único ejemplar de las *Leyes*

naturales en las Provincias Centrales de la India, aquel que la señorita Venner no había podido entender. Lo leí sentado sobre su baúl de piel de mula hasta que se apagaron los últimos rayos de luz natural y le ofrecí por él la cantidad que quisiera.

Ojeó algunas páginas por encima de mi hombro y, con pesar, dijo para sí: «— Viéndolo ahora, ¿cómo he podido en este mundo escribir algo tan condenadamente bueno?». Y entonces, dirigiéndose a mí: «— Tómelo y consérvelo. Escriba uno de sus cuentos de a cuarto de penique sobre cómo nació. Quizá, quizá, sólo fue escrito para que usted tuviera un argumento para un relato».

Lo que, sabiendo lo que Wressley, de Asuntos Exteriores, había sido en otro tiempo, me conmovió y pienso que es la frase más amarga que nunca he oído pronunciar a un hombre sobre su propia obra.

